

*Revolución y repetición**

Kojin Karatani

La repetición en el Estado

Los historiadores suelen decir que los que no conocen la historia están dispuestos a repetirla. ¿Esto significa que por conocer la historia podemos evitar su repetición? ¿Existe, en realidad, algo así como la repetición de la historia? Este problema no ha sido pensado profundamente; los historiadores que se suponen científicos, nunca lo han hecho, aun cuando lo reconocen intuitivamente. Yo pienso que hay una repetición de la historia y que es posible tratarla *científicamente*. Pero lo que es repetido, seguramente, no es un evento, sino la estructura o la estructura repetitiva. Sorpresivamente, cuando una estructura es repetida, el evento también parece repetido. En todo caso, es solamente la estructura repetitiva lo que puede ser repetido.

Es Marx quien intentó elucidar la estructura repetitiva. En general se ha pensado que la visión de la historia de Marx se basa en etapas de desarrollo y que no concierne a la repetición. Pero él pensó seriamente el problema de la repetición, que apareció en una de sus obras tempranas, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Las sentencias que abren el texto refieren, precisamente, a la *repetición de la historia*: “Hegel remarca en algún lugar que todos los hechos y personajes de gran importancia en la historia mundial ocurren, tal como fueron, otra vez. Olvidó agregar: la primera vez como tragedia, la segunda como farsa”.

Marx enfatiza: lo que pasó entre la Revolución francesa de 1789 y la coronación de Napoleón fue repetido sesenta años después, por el proceso de revolución de 1848, que resultó en la coronación de Luis Bonaparte. Aquí hay, sin embargo, más repeticiones. En primer lugar, el proceso de la primera Revolución francesa siguió el patrón de la antigua historia de Roma;

* Traducción de Mario Chávez Tortolero.

éstas son repeticiones entendidas como re-presentación. Pero no es porque fuera adoptado el diseño del pasado que estas repeticiones ocurrieron: estas repeticiones no conciernen únicamente al problema de la representación. La representación se convierte en verdadera repetición sólo cuando hay una semejanza estructural entre el pasado y el presente, dicho de otra manera, sólo cuando hay una estructura repetitiva inherente a la nación que trasciende la conciencia de cada individuo.

Quizá es en *Filosofía de la historia* en donde Hegel escribió lo que Marx ha referido: “por la repetición, algo que al principio sólo parecía una cuestión de azar y contingencia, se convierte en existencia real y confirmada”. Hegel se refiere al evento por el que Octavio se convirtió en el primer emperador de Roma, después de que su padre adoptivo, César, fuera asesinado en el intento de ser emperador. César quiso convertirse en emperador cuando la ciudad de Roma, en su proceso de expansión, ya no pudo seguir manteniendo los principios republicanos y fue muerto por aquellos que eligieron defender la República, incluido Brutus. Como fuera, es sólo después del asesinato de César que el pueblo de Roma aceptó al Imperio y al emperador como una realidad inevitable. César nunca fue emperador, pero su nombre se convirtió en el sustantivo genérico que significa emperador (*czar, kaiser*). Quizá Marx había olvidado este contexto cuando escribió “Hegel remarca en algún lugar”.

No obstante, en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Marx encuentra repetición en la emergencia del Imperio desde la República lograda por la Revolución francesa. En la Revolución de 1789, el *rey* fue ejecutado y el *emperador* surgió de la República anterior con el apoyo del pueblo. Esto es lo que Freud llamó “el regreso del reprimido”. Pues el emperador marca el regreso del rey asesinado, pero ya no es el mismo rey. El emperador se instaura en un Imperio que trasciende las fronteras de una ciudad-Estado o de un Estado-nación. Es gracias a esta estructura que el evento del César parece repetirse en otros lugares y tiempos. Napoleón, por ejemplo, quien ganó poder en la Revolución francesa y las guerras subsecuentes, intentó contener el capitalismo industrial británico al establecer una *Unión Europea*: Napoleón se proclamó emperador y estableció un imperio no porque estuviese preocupado por el pasado sino por la situación político-económica del momento.

Puede decirse que la idea de Napoleón es un prototipo de Unión Europea, pero en este punto de la historia, su estrategia sería mejor vista como la precursora del Tercer Reich de Hitler: la conquista de Europa. Con respecto a este punto, Hannah Arendt establece lo siguiente:

El fracaso de Napoleón al unir Europa bajo la bandera francesa, fue un claro indicador de que la conquista por una nación lleva al gran desparter de la conciencia nacional del pueblo conquistado y a la consecuente

rebelión contra el conquistador, o bien, a la tiranía. Y como la tiranía, que no necesita consentimiento, ha de triunfar y regir sobre pueblos extranjeros, sólo puede mantenerse en el poder si destruye la primera de todas las instituciones de su propio pueblo.

Puede decirse que la guerra de conquista de Napoleón es el primer ejemplo de una expansión imperialista del Estado-nación que resulta en la configuración de otro Estado-nación. Así, en el siglo XX, el imperialismo produjo Estados-nación por todo el mundo. En general se dice que los Estados modernos se formaron al separarse de los imperios del viejo mundo. Los Estados que derivan del mismo imperio mundial comparten un trasfondo cultural y religioso común, aunque compitan el uno con el otro. Pero si llegan a ser amenazados por un Estado cuyo origen se remonta a otro imperio mundial, estarán unidos con base en la identidad del imperio del viejo mundo. En una palabra, vuelven al imperio. Pero si un Estado-nación se expande y trata de convertirse en imperio, es inevitable que se convierta en imperialista. Así que el Estado-nación moderno subsiste, por un lado, en su reacción al imperio, pero por el otro, se inclina por abolirse y regresar al imperio. Dicha estructura paradójica ocasiona la repetición inherente al Estado.

Repetición en el capital

Marx se refiere a otra repetición en *El dieciocho brumario*: la crisis de 1851. Esta crisis económica ayudó a que Bonaparte ganara el apoyo de los aparatos del Estado, tales como la milicia y la burocracia. “Sólo bajo el segundo Bonaparte, el Estado parece haberse hecho completamente independiente. Así, la máquina estatal consolidó su posición frente a la sociedad civil...” Es en este punto que Marx descubre el encuentro entre los dos tipos de ‘recursividad’: la recursividad del Estado y la de la economía capitalista. En aquel momento, nadie prestaba atención a la recursividad del fenómeno llamado crisis. Se asumía que la crisis comercial era el resultado de la revolución de 1848 y que su solución dependía de políticas económicas.

Marx no investigó suficientemente el problema de la crisis periódica. Creyó que la crisis general traería la revolución de Europa al mundo, y esperó la crisis venidera. Sin embargo, ninguna revolución tomó lugar, aunque ocurrió una crisis en 1857. Siendo un problema serio en la economía capitalista, la crisis no destruye al sistema ni lleva automáticamente a la revolución. Por el contrario, una crisis o depresión severa lleva a la contención de la revolución. Los incidentes mencionados en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* apuntan al hecho de que la crisis económica facilita el establecimiento de

un Estado con orden capitalista, tal como el de Bonaparte, más que a una revolución socialista.

El estudio de Marx de la economía capitalista se sofisticó después de 1857, cuando abandonó su esperanza escatológica en tal crisis. Fue hasta después de este periodo que Marx empezó a investigar el ciclo de la crisis o de los negocios por sí mismo, independiente del político. Pues una crisis no es un error de la política económica, y no lleva al colapso del capitalismo. Marx comenzó a concebir la crisis como una enfermedad inevitable, inherente a la acumulación de capital. Entonces, ¿por qué hay tal cosa como una crisis?

La mayoría de los marxistas suponen que la crisis es causada por una sobreproducción anárquica o por la “contradicción entre la producción socializada y la apropiación capitalista”. Ahora bien, esta idea explica la *posibilidad* de la crisis, pero no la causa de su ocurrencia periódica. Hasta donde sé, sólo Kozo Uno ha dado una respuesta convincente para este misterio. Él exploró el problema de la crisis y el ciclo de los negocios en términos de la ley de población del capitalismo. Pues el trabajo es una mercancía peculiar; es difícil que incremente de inmediato o en poco tiempo, y difícil que decrezca cuando está sobreexcedida. Los trabajadores son despedidos en una recesión que comprende al “ejército de reserva de trabajo”. Durante los periodos de prosperidad el empleo incrementa, el salario crece y la tasa de ganancia cae, pero mientras el crédito sigue siendo bueno, el capital continúa produciendo de acuerdo a la demanda existente. Eventualmente, el crédito se arruina y la crisis tiene lugar, revelando repentinamente que las mercancías estaban siendo sobreproducidas. Cada crisis, en efecto, surge como una crisis crediticia, pero la causa de la crisis periódica en el capitalismo industrial depende de esa peculiar mercancía que es el trabajo.

Una crisis y la depresión que le sigue traen la bancarrota y la mala cosecha en los negocios, que no pueden asegurar sus propias ganancias. Al disminuir los salarios y la tasa de interés, sin embargo, la depresión deja capital para invertir en equipo nuevo y tecnología. Eventualmente regresa la prosperidad, y ocurre otra crisis. Así es como la acumulación de capital, o la avanzada “composición orgánica del capital”, es guiada por el ciclo de los negocios. Desde esta perspectiva, la crisis no destruye al capitalismo, sino que es un proceso indispensable para la acumulación de capital. Lo que es aplaudido como el ajuste automático del aparato de la economía capitalista, inversamente, significa el hecho de que la acumulación de capital sólo puede proceder violentamente.

Ahora es claro que la crisis periódica ocurre en una economía de trabajo asalariado. ¿Pero por qué las crisis toman lugar en intervalos de aproximadamente diez años? ¿Y por qué después de la crisis de 1857, 1866 y 1873, sucedió una depresión crónica en lugar de una crisis dramática? Estas preguntas pueden ser respondidas en términos del producto primario o la mercancía mundial. La

crisis periódica clásica surgió cuando la industria de algodón era dominante. La industria de algodón demandó el aumento de la cantidad de trabajo; las plantas y los equipos con una vida media de diez años, aproximadamente, tenían que ser renovados. Desde la década de 1860-1869, sin embargo, tuvo lugar una transición a las industrias pesadas, lo que causó un incremento de la inversión para el equipo (capital constante) y un decrecimiento en el porcentaje de la tasa de ganancia, aun cuando la productividad laboral (el índice de plusvalía) aumentó. Asimismo, ya que las industrias pesadas no necesitan tanto trabajo como la industria de algodón, incrementa el desempleo y decrece el consumo doméstico. Consecuentemente, la depresión se volvió crónica. Más aún, los productos de las industrias pesadas requieren mercados extranjeros. Lo que es llamado “exportación de capital”. En este caso, el papel del Estado fue el de asegurar estos mercados. Como resultado, afloraron severos conflictos entre los países que poseían colonias extranjeras, como Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Japón. Esto es lo que se ha llamado *imperialismo*.

El ciclo de los negocios comprendido por Marx en *El capital*, toma la forma de una onda corta, que después fue llamada ciclo Juglar. Por otro lado, Kondratieff señaló la “onda larga”, que tiene un ciclo de cincuenta o sesenta años. En mi visión, la diferencia de longitud no es importante. La onda larga es un fenómeno causado por el cambio de las mercancías mundiales: de la lana, al algodón, las industrias pesadas, los bienes consumibles duraderos y la industria de la información. Las transiciones de las *mercancías mundiales* han resultado, si no en crisis, sí en una larga y severa depresión. La transición no sólo ocasiona cambios a nivel de la tecnología sino también de la sociedad en general. A pesar de la aparente diferencia, el principio básico que Marx señaló aún es relevante: la acumulación de capital sólo es posible mediante violentas reconfiguraciones, y esto es precisamente lo que obliga a la sociedad capitalista a repetirse a sí misma. No obstante, este principio no basta para probar la repetición de la historia como formación social.

Formación social vista a través del tipo de intercambio

En *El capital*, Marx procuró una introspección en la recursividad de la economía capitalista, mucho más perspicaz que en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Así, la recursividad a nivel del Estado, que se había propuesto en *El dieciocho*, no volvió a ser mencionada por Marx. El Estado se quedó cual simple superestructura, determinada por la estructura económica. Hablando en general, los marxistas ven al Estado o a la nación como una superestructura política o ideológica, determinada por la subestructura económica, esto es, por el modo de producción. Esta visión, sin embargo, no sólo es inaplicable a la

sociedad pre-capitalista sino también insuficiente para la sociedad capitalista. Es claro que el Estado o la nación funcionan de acuerdo a su propia lógica, que es diferente del capital. Y de hecho los movimientos marxistas han ignorado en gran medida el significado del Estado y de la nación. A veces afirman que la superestructura político-ideológica tiene “relativa autonomía”, pero sin haber pensado a cabalidad por qué tiene *autonomía* el Estado. Esta dificultad es ocasionada por la perspectiva de Marx, por la que se mira a la historia mediante los modos de producción. Mientras mantengamos esta perspectiva, el Estado y la nación seguirán siendo un misterio.

En *Transcrítica* propuse que consideremos la historia de la formación social desde la perspectiva de los tipos de intercambio, en lugar de los modos de producción. En resumen, podemos decir que hay tres tipos de intercambio básicos: la reciprocidad del dar y recibir; el saqueo y la redistribución, y el intercambio de mercancías.

Figura 1. Tipos de intercambio

B saqueo-redistribución	A reciprocidad (dar-recibir)
C intercambio mercantil (dinero-mercancía)	D X

En mi perspectiva, toda formación social existe como una coyuntura de estos tipos de intercambio y las diferencias entre ellas dependen de qué tanto estén relacionados sus tipos y de cuál sea el tipo primario. En la formación social capitalista, el intercambio de mercancía es dominante, pero los otros tipos de intercambio y sus derivaciones aún existen de forma modificada. El Estado se convierte en un Estado moderno, la comunidad disuelta se convierte en una nación cual comunidad imaginada.

Así es como los tres tipos de intercambio se transforman en la trinidad: capital, nación y Estado. Desde este punto de vista, es obvio que el Estado tiene una autonomía que es totalmente diferente de la del capital. Tienen su raíz en diferentes principios de intercambio. En *El capital*, Marx separó el capital del Estado y de la nación, poniendo entre paréntesis las dimensiones de otros tipos de intercambio, ya que está tratando de comprender el sistema del intercambio mercantil en su pureza. Lo mejor es, pienso, explorar cómo es que cada uno de los otros tipos de intercambio forman un sistema, como Marx hizo en lo concerniente al sistema de la economía capitalista, y no quejarse del mismo, sin tratar con el Estado y la nación. Antropólogos como Marcel Mauss o Levi-

Strauss, por ejemplo, han intentado describir la composición recíproca de la sociedad. Hay que empezar la misma obra con respecto al Estado.

Como ya se estableció arriba, la crisis periódica no tiene lugar hasta que la sociedad es re-organizada completamente por el intercambio de tipo mercantil y la mercantilización del trabajo. Puesto de otro modo, es hasta que la economía capitalista experimenta la crisis periódica que puede manifestar su *autonomía*. Los mismos principios aplican para la autonomía del Estado: sólo su propia repetición puede hacer patente que el Estado es autónomo.

Etapas históricas del capitalismo

La historia de la formación social debe ser vista considerando la relación entre los dos sujetos: el Estado y el capital. La recursividad del Estado y la del capital han de ser examinadas al mismo tiempo. El Estado y el capital están en una relación complementaria, aun cuando son opuestos. Ninguno de los dos puede ser reducido al otro.

En *El capital*, Marx puso entre paréntesis el Estado para comprender el mecanismo de la economía capitalista en su pureza, pero cuando las actuales formaciones sociales capitalistas salen a la luz, debemos reintroducir al Estado como un agente activo. Pero en lugar de hacerlo, los marxistas han tratado de comprender el cambio histórico de la economía capitalista para explicar los cambios de la superestructura política. En general, se considera que la economía capitalista ha marcado las etapas históricas de desarrollo como sigue: mercantilismo, capitalismo industrial, imperialismo, capitalismo tardío, etcétera.

Desde un punto de vista diferente, estas etapas también pueden ser caracterizadas por los cambios en la *mercancía mundial*. La etapa del mercantilismo es caracterizada por la industria de la lana, el capitalismo industrial por la industria del algodón, el imperialismo por la industria pesada y el capitalismo tardío por los bienes consumibles duraderos, tales como los automóviles y los aparatos eléctricos. Una nueva etapa del capitalismo tardío empezó en la década de 1980-1989, cuando la *información* se convirtió en la mercancía mundial. La tabla de abajo muestra estas etapas (figura 2).

Estos cambios corresponden básicamente al desarrollo del poder de producción, y los cambios en la superestructura política son explicados sobre esta base. Pero desde tal perspectiva, es imposible comprender la estructura repetitiva que mencioné. En ese sentido, puede decirse que Immanuel Wallerstein reintrodujo al Estado como un agente existente junto con el capital. De ahí que reconsidere los cambios de las formaciones sociales desde la perspectiva de un sistema mundial constituido por el Estado y el capital. Así es como llegó a ver la historia del sistema mundial moderno en términos de la rotación de

un Estado hegemónico a otro. Previamente, los marxistas habían pensado en el siglo XIX como en una etapa caracterizada por el liberalismo, mientras que al final del siglo XIX tocaba el turno del imperialismo. De hecho, el liberalismo (política del libre comercio) fue una política británica; las otras naciones, o eran proteccionistas o estaban en proceso de ser colonizadas. Si es que podemos caracterizar el siglo XIX por la política económica británica, es porque Inglaterra fue una hegemonía en el capitalismo mundial.

Figura 2. Las etapas del Estado capitalista en la historia mundial

	1750-1810	1810-1870	1870-1930	1930-1990	1990-
Capitalismo mundial	Mercantilismo	Liberalismo	Imperialismo	Capitalismo tardío	Neo-imperialismo
Hegemonía		Inglaterra		Estados Unidos	
Política económica	Imperialista	Liberalista	Imperialista	Liberalista	Imperialista
Capital	Capital mercantil	Capital industrial	Capital financiero	Monopolio estatal	Multinacional
Mercado mundial	Industria de la lana	Industria del algodón	Industrias pesadas	Bienes duraderos	Información
Estado	Monarquía absoluta	Estado-nación	Imperialista	Estado benefactor	Regionalista

El liberalismo es una política empleada por una hegemonía. Si es así, el liberalismo debe ser posible en cualquier periodo. Wallerstein piensa eso. En su visión, sólo hay tres hegemonías en la moderna economía global. En otras palabras, sólo tres Estados adoptaron el liberalismo: Holanda, Inglaterra y Estados Unidos. Entre la segunda mitad del siglo XVI y mediados del siglo XVII, mientras Inglaterra tuvo políticas mercantilistas y proteccionistas, Holanda era liberal; políticamente, no fue una monarquía absoluta sino una república. De hecho, Descartes y Locke buscaron refugio en Ámsterdam, donde Spinoza también pudo encontrar hogar.

Wallerstein observó hegemonía en tres esferas: manufactura, comercio y luego finanzas. En su visión, un Estado primero establece hegemonía en la manufactura, y luego procede al comercio y a las finanzas. Una hegemonía es el estado en el que se gana superioridad en todas las esferas. Pero no dura por mucho tiempo. Al mismo tiempo, no cae de repente, porque aun cuando un Estado pierda hegemonía en la producción, todavía puede mantener hegemonía en el comercio y las finanzas.

Por ejemplo, los alemanes mantuvieron hegemonía en el comercio y las finanzas aun después de que los ingleses los sobrepasaron en la esfera de la manufactura en la segunda mitad del siglo XVIII. Fue en el siglo XIX (durante la etapa llamada “liberalismo”) que Inglaterra los dominó por completo. En todo caso, si el periodo de hegemonía británica es llamado liberalismo, el mismo término habría de aplicarse al periodo de hegemonía alemana.

El mercantilismo, por otro lado, es el periodo de la ausencia de una hegemonía, así pues, el periodo en el que Holanda ha perdido hegemonía y, en consecuencia, Inglaterra y Francia luchaban por alcanzarla. La ausencia de una hegemonía también puede encontrarse después de 1870, en la etapa llamada imperialismo, en la que Inglaterra ha perdido hegemonía en la industria manufacturera, y Estados Unidos, Alemania y Japón empezaron a luchar por hegemonía. En esta perspectiva, no es sorpresa la similitud que puede encontrarse entre las etapas de mercantilismo e imperialismo.

El *desarrollo* en las etapas del capitalismo no puede ser puramente lineal. Para este desarrollo no sólo se requieren cambios en el mercado mundial, sino también grandes depresiones. Es decir, se requiere una repetición inherente al sistema capitalista. Por otro lado, se exigen peleas mortales por hegemonía entre los Estados, de ahí la repetición inherente en la dimensión del Estado. De acuerdo con esto, las etapas del capitalismo mundial pueden ser vistas como la repetición de las etapas de *imperialismo* y *liberalismo* (véase figura 2).

En esta tabla el *mercantilismo*, por ejemplo, es una etapa de transición del liberalismo alemán al británico, esto es, una etapa en la que Holanda estaba declinando pero Inglaterra y Francia no eran lo suficientemente poderosos para remplazarle, así que pelearon el uno contra el otro. Además, la etapa del *imperialismo* posterior a 1870, está marcada por el declive de Inglaterra y el intento de Alemania, Estados Unidos y Japón por redistribuir los territorios, formalmente mantenidos por los poderes imperiales anteriores.

Así que las etapas del mundo capitalista forman no sólo el desarrollo lineal de la producción, sino también la alternancia entre las etapas de *liberalismo* e *imperialismo*. En mi visión, esta alternancia opera en un ciclo de sesenta años. Como resultado, la historia del mundo moderno parece repetirse a sí misma cada ciento veinte años. Es incierto si este ciclo continuará, pero la idea puede ser productiva como hipótesis heurística.

La etapa en curso

La década de los noventas es considerada la etapa del *neoliberalismo*. Suele decirse que Estados Unidos, como el viejo Imperio británico, mantuvo la hegemonía tan bien que sus políticas son representativas del *liberalismo*. Mientras

Estados Unidos era el hegemónico después de 1990, empezó a declinar económicamente desde los setentas, como fue indicado por el final del sistema del patrón oro, en 1971. Estados Unidos está siguiendo el camino ya pisado por Holanda e Inglaterra: mientras declina en las industrias manufactureras, Estados Unidos retiene hegemonía en las finanzas y el comercio de recursos naturales, tales como el aceite, los granos o la energía.

Durante la época del liberalismo británico, la guerra no implicó peligro para Inglaterra. Entre 1930 y 1990 (especialmente entre 1945 y 1975), Estados Unidos fue tan liberal como la Inglaterra del siglo XIX. Los Estados capitalistas desarrollados estaban bajo la protección de Estados Unidos, cooperaban por considerar al bloque soviético como el enemigo, y adoptaron las políticas internas de protección al trabajador y bienestar social. Al contrario de las apariencias, el bloque soviético internacional y los partidos socialistas nacionales estabilizaron el mundo capitalista, en lugar de amenazarlo. La Guerra fría es, por lo tanto, la etapa del *liberalismo*, siendo Estados Unidos el hegemónico. Desde los ochentas, las políticas de Reagan y Thatcher, como la reducción del bienestar social, la desregulación del capital o la reducción de impuestos, han sido adoptadas en los Estados capitalistas de avanzada. En general, estas políticas son consideradas neoliberales, pero no son inconsistentes con el imperialismo que era dominante en los ochentas. Así que es una cuestión de hecho: hubo bienestar social en el tiempo del liberalismo, en Inglaterra y en Estados Unidos.

Lenin insistió en que las etapas de imperialismo podían ser históricamente caracterizadas por el "capital de exportación": el capital busca el mercado global porque el mercado nacional nunca es suficiente para éste. Arendt describió el imperialismo de 1880 como la liberación de un Estado atado al capital, del yugo de la nación. Rechazando las demandas de la nación, el Estado abandonó a sus propios trabajadores y dejó el soporte económico y militar en el capital que venía al frente. En la etapa neoliberal también está sucediendo esto.

La globalización empezó en los setentas, cuando los países avanzados sufrieron una caída en la tasa de ganancia y una depresión crónica, dada la saturación del mercado con bienes consumibles duraderos que se desarrollaron sobre todo en Japón y Alemania. Como resultado, el capital estadounidense tuvo que encontrar su camino en el libre mercado global. Esta competencia global, sin embargo, es imposible sin recurrir a la hegemonía militar. La etapa del capitalismo en curso es más *neoimperial* que *neoliberal*.

De acuerdo con Antonio Negri y Michael Hardt, Estados Unidos actuó no como un Estado imperialista sino al estilo del Imperio romano, porque en la Guerra del Golfo de 1991 recurrió a la aprobación de las Naciones Unidas, en lugar de al hecho de que tenía hegemonía militar aplastante. Sin embargo, yo no puedo estar de acuerdo con la idea de que Estados Unidos de América no es im-

perialista sino imperio. Ninguna nación o Estado puede evitar caer en el imperialismo si intenta convertirse en imperio. Diez años después de la Guerra del Golfo, en efecto, la Guerra de Iraq desaprobó la idea de que Estados Unidos no es imperialista sino imperio: Estados Unidos persiguió el *unilateralismo* en lugar de la aprobación de la Organización de las Naciones Unidas.

Es cierto que Negri y Hardt no siguen la idea del imperio americano; para ellos, imperio es un lugar que no tiene lugar. El imperio no es nada más que el mercado mundial. Ellos dicen: “En su forma ideal no hay afuera del mundo del mercado: el globo entero está en sus dominios. Nosotros podemos usar la forma del mercado mundial como modelo para entender la soberanía imperial... En este leve espacio del imperio, el poder no tiene *lugar* —está en cualquier lugar y en ningún lugar. El imperio es una *u-topía*, o realmente un *no-lugar*”.

En este imperio como mercado mundial, los Estados no tienen importancia. Puede encontrarse una referencia similar en el *Manifiesto comunista* de 1848, de Marx y Engels, quienes pronosticaron que las diferencias de los pueblos y los Estados pueden ser anuladas en la “interconexión en cualquier dirección, interdependencia universal de las naciones”. Esta visión ignora las dimensiones del Estado y la nación. Las revoluciones de 1848, por ejemplo, resultaron en Estados capitalistas e imperialistas en Francia y Alemania, en lugar de anular las diferencias entre los pueblos y los Estados.

El día de hoy se dice que la armadura del Estado-nación se ha debilitado. Es verdad que el elemento de la nación ha sido descartado, pero esto no significa que se haya disuelto el Estado por completo. Es sólo por la voluntad del Estado como tal que un Estado puede aliarse con otro. Nunca ha habido un Estado que rechace la alianza o subordinación cuando su propia sobrevivencia está en juego. Solamente la nación como “comunidad imaginada” reniega.

Los teóricos de la Unión Europea argumentan que la Unión trasciende la soberanía del Estado moderno. Sin embargo, como el Estado-nación es forzado a existir en la *economía global*, así también la unión regional de los Estados. Para contener a Estados Unidos y a Japón, los Estados europeos formaron la Unión Europea y delegaron sus poderes económicos y militares al súper Estado. Esto no puede ser llamado superación del Estado moderno. Pues es bajo la presión del capitalismo y del mercado mundiales que los Estados se unen y establecen un *bloque estatal*.

La Unión europea no es el primer bloque estatal de la historia; es precedido por el “Tercer Reich” en Alemania y por la “Gran Esfera de Coprosperidad de Asia Oriental” en Japón, que fueron planeados en los treinta, ambos para contener el *bloque económico* de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Después de la guerra, estos bloques estatales fueron representados por sí mismos como la llegada del “sistema mundial moderno”, esto es, capitalismo y Estado-nación. El diseño de una Unión Europea ya existía antes de Napoleón; su ideal es el

viejo *Imperio*, pero sólo ha sido actualizado por el *imperialismo* francés, o por el alemán.

No por estar formando la Unión Europea los europeos olvidan el pasado. Es obvio que están tratando de actualizar un imperio que no sea imperialista. No obstante, la Unión no es nada más que un *bloque estatal* en el marco de la economía global. Otras regiones están en la misma situación: los viejos imperios de China e India, el imperio otomano y el ruso, que estaban marginados en el sistema mundial moderno, han reaparecido.

En cada región hay, desde que el Estado-nación se formó (al separarse del imperio mundial), por un lado, una *civilización* compartida y, por el otro, un pasado lleno de divisiones y luchas. Los Estados ponen entre paréntesis sus memorias en tanto naciones y forman una comunidad, reduciendo su propia soberanía. De hecho, este fenómeno ocurre precisamente debido a la presión del capitalismo mundial que ahora domina los Estados. Renan apuntó alguna vez que el olvido de la historia es necesario para una nación que ha de ser construida; su aportación es aplicable a la formación del bloque estatal: pues justamente como la nación, también es una comunidad “imaginada” o creada. Tal restauración de los imperios se vuelve sobresaliente mientras Estados Unidos declina. Hemos entrado en la etapa “imperialista” en la que no hay hegemonía, y los imperios compiten por la siguiente hegemonía. ciento veinte años atrás, esta situación llevó a la Primera Guerra Mundial, la que hizo de Estados Unidos una nueva hegemonía. De ahí la pregunta: ¿se repetirá otra vez? Mi respuesta es sí y no. Yo digo “sí”, porque es cierto que la disputa por hegemonía entre los imperios se redoblará. Digo “no”, porque es improbable que la siguiente hegemonía emerja de estas competencias.

Pongo por caso a Giovanni Arrighi, quien predice que China tendrá la próxima hegemonía en lugar de Estados Unidos. Pero yo no estoy de acuerdo con él. No hay duda de que China e India serán gigantes de la economía, superando a otros imperios, pero que China o India se conviertan en hegemónicas, eso es otra historia. Para empezar, para que una nación se convierta en hegemónica requiere de algo más que sólo la preeminencia económica. Más aún, el mismo desarrollo de China e India confronta al capitalismo mundial con el fin de sí mismo. El ciclo del que he hablado es peculiar a la acumulación capitalista. En cuanto ésta termine, terminará el ciclo repetitivo.

Marx mostró el proceso de la acumulación capitalista en la fórmula D-M-D'. Esto significa que sólo mientras se multiplique el capital puede ser capital, pero de otra manera no puede. Hay tres premisas que hacen posible la auto-multiplificación del capital industrial. La primera premisa es que los recursos naturales, externos al sistema industrial, son infinitos e inacabables. La segunda premisa es que los “recursos humanos”, externos al mercado de la economía capitalista, son inacabables. Esto asegura un potencial infinito de trabajo barato y de nuevos

consumidores. La tercera premisa es que la innovación tecnológica es ilimitada. Esto proporciona el plusvalor relativo junto con el capital industrial.

Estas tres premisas, sin embargo, han sido rápidamente socavadas. En lo que respecta a la primera, su legado aparece como crisis, así en la escasez de recursos y energía, y como crisis del medio ambiente, así en el cambio climático y la desertificación. Y es cierto que estas crisis serán cada vez más serias. Asimismo, para la segunda premisa, cuando las naciones agricultoras con mayor población del mundo, a saber, China e India, se desarrollen entre las sociedades industriales, ello va a implicar el crecimiento del valor de la fuerza de trabajo y el estancamiento del consumo. El mundo capitalista tiene un estancamiento crítico desde los setentas. Lo que se ha probado por el hecho de que la tasa de interés a largo plazo se ha mantenido baja. El capitalismo mundial ha intentado sobrevivir a la globalización, en especial, introduciendo a China e India en el mercado mundial. Pero en el futuro cercano, no va a haber espacio para el crecimiento económico venidero. Así que el capitalismo mundial como un todo se está acercando a su límite final.

Por supuesto, tales limitaciones no llevarán automáticamente a un final de la economía capitalista. El hecho de que el capitalismo industrial tenga un límite fatal es una cosa, pero el hecho de que acabe es otra. Cuando consideramos a la sociedad y a la economía actual, hemos de tomar en cuenta al Estado como un agente activo. Cuando el capitalismo está en crisis, el Estado intenta volverlo a levantar por todos los medios. En este caso, lo que es más probable es la guerra mundial. Entonces, nuestro reto más importante e inminente va a ser el de crear un sistema transnacional para detener la guerra, que es causada por la crisis del capitalismo.

Repetición y revolución

Hasta ahora he estado discutiendo la recursividad del Estado y el capital. Finalmente quisiera discutir la recursividad de los movimientos de contención, en contra del Estado y del capital. Por supuesto que esta recursividad es causada por aquella del Estado y el capital. Al respecto, es sugestivo lo que señala Wallerstein: la revolución de 1968 es equivalente a la de 1848. De acuerdo con él, en la revolución de 1968 no se pretendía conseguir poder político, sino que era un movimiento contra el sistema y por ello se volvió tan influyente. La revolución de 1848 también había fallado, pues no se gana poder político, pero como resultado trajo a colación el sufragio universal, la legalización de la unión de trabajadores y las políticas de bienestar. Sobre todo la revolución de 1968 revivió varios tipos de socialismo y utopismo, incluido el pensamiento del joven Marx, que había sido reprimido desde 1848.

Quisiera que se tomara nota especialmente del hecho de que la revolución de 1968 irrumpió exactamente ciento veinte años después de la revolución de 1848. Probablemente, Wallerstein rechazaría mi periodicidad, basada en la onda larga del Kondratieff. Pero la similitud entre 1848 y 1968 no es mero accidente; corresponde a la periodicidad de las etapas de la dupla Estado y capital. Ha de ser notado que la Revolución francesa tomó lugar alrededor de sesenta años antes de 1848, y que alrededor de sesenta años después de 1848, tomó lugar la Revolución rusa. Estos eventos pueden enumerarse como sigue:

I: 1789 Revolución francesa (Kant, *La paz perpetua*, 1795)

L: 1848

I: 1917 Revolución rusa (Liga de Naciones, 1920)

L: 1968

Wallerstein ha considerado a la Revolución mundial de 1848 como la superación de la de 1789, a la Revolución rusa de 1917 como la superación de la de 1848 y a la Revolución mundial de 1968 como la superación de la de 1917. Pero es inútil ver estos eventos en orden sucesivo: la serie I se localiza en la etapa del *imperialismo* mientras que la serie L en la etapa del *liberalismo*. La diferencia y la recursividad son importantes cuando consideramos el periodo posterior a 1990.

Permítase que comencemos con la serie L (liberalismo). Estas revoluciones sucedieron básicamente en la etapa del *liberalismo*, cuando Inglaterra o Estados Unidos alcanzaron hegemonía; éstos son los primeros movimientos proletarios de contención, en contra del capitalismo, sin el propósito de tomar el poder estatal. En este punto, las revoluciones fueron completamente derrotadas, pero mantuvieron otro significado. Los sujetos de la lucha en 1968 no eran proletarios en sentido estricto, sino estudiantes, y aquellos que sufrían discriminación en términos de género, etnia, raza o preferencia sexual. Tomando prestada la palabra de Negri y Hardt, la revolución fue una rebelión de la multitud. Como resultado, el bienestar capitalista se expandió con facilidad en cada país. El "neoliberalismo" posterior a 1980 es, precisamente, la repercusión de la dupla Estado-capital, esto es, la liberación de la nación.

Cuando consideramos la serie I (imperialismo), vemos que la revolución de 1789 irrumpió en el periodo en que Inglaterra y Francia estaban luchando por hegemonía. La revolución resultó en una guerra con la que se pretendía hacer de Francia un imperio que pudiese competir con Inglaterra. La Revolución de 1917, por otro lado, ocurrió como resultado de la Primera Guerra Mundial. La Revolución rusa es considerada un evento de la historia mundial. Igual que la Revolución francesa, en 1789.

Pero no debemos olvidar que hubo otro evento en la historia mundial como resultado de la Primera Guerra Mundial; esto es, la Liga de las Naciones.

Y sabemos que la idea de la Liga de las Naciones viene de Kant. Kant publicó *La paz perpetua* en 1795, cuando irrumpió la guerra junto con la Revolución francesa. Ahora podemos notar el paralelismo entre la Revolución francesa y el plan kantiano de una paz perpetua, con la Revolución rusa y la Liga de las Naciones. Esto muestra la estructura repetitiva.

Considerando esta estructura repetitiva, ¿qué podemos anticipar en el futuro cercano, en la etapa neo-imperialista desde 1990? Quizá Negri y otros piensen en la revolución mundial como la rebelión global de las multitudes. Pero lo que es más probable que suceda es la guerra mundial entre los imperios. Así que primero, y antes que nada, tenemos que pensar en prevenir la guerra. En este sentido, pienso que la línea kantiana es importante. Los marxistas han dado mucha importancia a la Revolución rusa, como para restaurarla o hacer otra en el futuro. Y es poco lo que han estado haciendo con respecto a la Liga de las Naciones, o a su sucesor, la Organización de las Naciones Unidas. Quizá los marxistas digan que las Naciones Unidas no tienen nada que ver con el comunismo, a diferencia de la Revolución rusa. Pero yo pienso que la idea kantiana de la federación de Estados es más revolucionaria y tiene más que ver con el comunismo.

La Revolución rusa fue una revolución que intentó abolir el Estado desde dentro. Pero es imposible abolir el Estado desde dentro, porque un Estado existe uno a uno junto a otros Estados. Y es esto lo que da al Estado su autonomía. Por dar un ejemplo, aún si tiene lugar una revolución para abolir el Estado, se tendrá que reforzar el Estado para defender a la revolución de otros Estados que interfieren e intentan destruirla. Ése fue el caso de la Revolución rusa, que produjo un Estado poderoso. Lo que fue engendrado por un modo de pensamiento marxista que subestima la autonomía del Estado.

Por otro lado, la idea kantiana de la paz permanente pretendía reemplazar el Estado. Pues lo que Kant llama “la paz permanente” no es solamente la ausencia de guerra, sino el “fin de todas las hostilidades”, en el que no hay Estado, y en el que el Estado de naturaleza hobbesiano finaliza. Reconociendo que el Estado existe uno a uno junto a otros Estados, Kant pensó en cómo contener a los Estados, concibiendo así la federación de Estados. Kant presentó esto como un primer paso realista hacia la “República mundial”, en la que el Estado y el capital son suplantados. Ni hay que decirlo, la Liga de las Naciones era menospreciada, así como la Organización de las Naciones Unidas el día de hoy. Pero no hay que negarlas por esa razón. Mejor, habríamos de considerar a las Naciones Unidas como un proceso para suplantar los Estados e impulsarlo hacia delante, conectándolo con todos los movimientos de contención en cada nación, contra el Estado y el capital. Tal movimiento es vital en el periodo neoimperialista.